

Isaac Deutscher

E. H. Carr como historiador del régimen bolchevique

(1954)

La publicación del cuarto volumen de la *Historia de la Rusia soviética* del profesor Carr ofrece una buena oportunidad para una revisión general de su obra, y para una apreciación del lugar que ocupa en el campo de los estudios sobre la Unión Soviética.

Es difícil no empezar estas observaciones con una reflexión sobre el estado en que se encuentra hoy la historiografía de la revolución rusa. Es un hecho casi increíble que dentro de la Unión soviética no se haya producido ni una sola obra que merezca el nombre de historia. Es verdad que la primera década del régimen soviético produjo un gran número de valiosas contribuciones a la historia, muchas monografías especiales y colecciones de documentos. En el *Sturm und Drang* intelectual de aquel período los historiadores soviéticos iniciaron ambiciosos proyectos de investigación. Era aquél, pensaban, el primer momento en que los marxistas iban a escribir historia con toda seriedad, respaldados por los recursos de un gran estado y la abundancia de todos los archivos oficiales recién abiertos; y estaban seguros de encontrar eco en la intensa curiosidad por la historia que se había despertado en la joven generación. ¿Cuándo, si no en esas circunstancias, iba a probar el marxismo su incomparable mérito como método de investigación y análisis histórico?

Pero el advenimiento y la consolidación del stalinismo frustró las esperanzas en todo el campo de los estudios históricos. El estado stalinista intimidó al historiador y le dictó en primer lugar el esquema en el que debía forzar a entrar a los acontecimientos, y, luego, las versiones siempre nuevas de esos mismos acontecimientos. Al principio el historiador se vio principalmente sometido a esa presión cuando trataba de la revolución soviética, la lucha del partido que la había precedido y seguido y, especialmente, las luchas internas del partido bolchevique. Todo eso tenía que ser tratado de un modo que justificase a Stalin como jefe del bolchevismo monolítico. Más tarde, la re-elaboración de la historia se extendió hacia atrás, a los siglos pasados, y al exterior, a otros países, hasta que Clío fue degradada a ser no ya la grave servidora de la política — un papel al que está muy acostumbrada — sino su esclava. La energía y pasión con que los historiadores se han lanzado sobre los archivos ha encontrado un enemigo mortal en el secreto que les ha impedido el acceso a la documentación. No se podía permitir a los historiadores que investigasen en los hechos, porque la investigación libre era incompatible con la falsificación. Finalmente, todas las crónicas del partido y la revolución, incluso las escritas en el período stalinista, fueron prohibidas, hasta que, en cada nivel de enseñanza, desde las células rurales del partido hasta los seminarios académicos, solamente se permitió a los estudiantes utilizar una fuente, el *Breve curso de historia del partido comunista de la Unión soviética*, ese extravagante y tosco compendio de mitos stalinistas, escrito o inspirado por el propio Stalin.

Ese deterioro de la historiografía no ha estado falto de precedentes. Durante mucho tiempo la revolución francesa no fue mejor tratada por sus historiadores.

Napoleón, y sus prefectos y censores, mantenían su suspicaz mirada sobre aquellos "ideólogos" que trataban de ahondar en el gran drama revolucionario que precedió al imperio. La seguridad del imperio exigía que una cortina descendiese sobre la gran revolución, que sus fantasmas fuesen encerrados y sus ideas republicanas y plebeyas desterradas de las mentes del pueblo. Napoleón podía permitirse desahogar abiertamente su antipatía por los ideólogos y las ideologías,

y así, a diferencia de Stalin, ni siquiera se incomodó en mangonear en la historiografía. No tenía necesidad de falsificar la historia; la suprimió. Las primeras historias de la revolución no aparecieron hasta la restauración, y fueron escritas por los enemigos de los Borbones. Stalin, colocado en cabeza de un partido orgulloso de su materialismo *histórico*, no podía siquiera intentar suprimir abiertamente la historia de la revolución: tanto más ferozmente tuvo que desmantelarla y mutilarla.

De una manera bastante curiosa, ninguno de los grupos de emigrados rusos ha empleado su forzosa y larga inactividad política en producir algo parecido a una historia. No existe ninguna versión monárquica seria de la revolución, ninguna exposición menchevique, ninguna interpretación social-revolucionaria. Los guardias blancos dieron a conocer sus narraciones de la guerra civil, entre las cuales los cinco volúmenes de Denikin continúan siendo los más importantes, a pesar de su simplicidad. Miliukov escribió su *Historia* en el calor de la guerra civil; y no logró otra cosa que un gran panfleto acusador de todos los partidos contrarios, cosa que el propio Miliukov, como gran erudito que era, no dejó de advertir. En el prefacio de su *Historia*, Miliukov desautorizaba virtualmente, como historiador, la exposición de los acontecimientos que él mismo presentaba como jefe de su partido. Y tampoco han hecho ninguna contribución histórica notable los mencheviques, entre los que había más teóricos y escritores de talento que en ningún otro grupo de emigrados. Los libros apologéticos de Kerenski y Chernov no contienen ningún intento serio de reconstruir el proceso histórico. E incluso la obra póstuma de Dan, *Proisjzhdenie Bolchevisma*, tiene un cierto interés como autocrítica retrospectiva del menchevismo, pero no como historia. Para todos aquellos partidos y grupos envueltos en las luchas de 1917, la revolución era un absoluto desastre, y el papel que en ella habían desempeñado les parecía tan incongruente e inexplicable que sus teóricos y escritores preferían no volver como historiadores a la escena de aquellas luchas. Una notable excepción es la *Historia* de Trotski, única que rebasa los límites de la literatura apologética y es un perdurable monumento histórico-literario a 1917.

Tampoco la historiografía occidental puede estar orgullosa de sus logros. Y no meramente porque *wer den Dichter will verstehen muss ins Dichters Lande gehen*, aunque serán ciertamente los propios rusos los que, una vez que se hayan recuperado del hundimiento intelectual de la época de Stalin, escribirán las grandes y reveladoras historias de la revolución. El que los historiadores occidentales no hayan logrado producir una exposición adecuada se debe también principalmente a su preocupación por la política del momento. La historiografía occidental no ha solido llegar a la completa falsificación, pero es culpable de la supresión de hechos. Por regla general ha mostrado poca o ninguna capacidad de penetración en los motivos e intenciones de las clases sociales y los partidos políticos, y de los dirigentes implicados en las luchas de Rusia. Y, más recientemente, la guerra fría ha tenido unos efectos casi tan graves para la investigación como el propio stalinismo.

El mérito notable y permanente de Carr consiste en que él ha sido el primer genuino historiador del régimen soviético. Ha emprendido una tarea de enorme alcance y a gran escala, y ya ha llevado a cabo una buena parte de la misma. Contempla la escena con la imparcialidad del que está, si no *au-dessus de la mêlée*, al menos *au-delà de la mêlée*. Desea dejar a sus lectores la comprensión, y él mismo investiga los hechos y las tendencias, los árboles y el bosque. Es tan austeramente concienzudo y escrupuloso como penetrante y agudo. Tiene un instinto especial para ver el esquema y orden de las cosas, y presenta sus hallazgos con lucidez. Su *Historia* tiene que ser estimada como un logro verdaderamente notable.

Indudablemente, Carr ha tenido que limitarse a utilizar las mismas fuentes que durante mucho

tiempo han estado a disposición de los estudiosos: no ha tenido acceso a documentación inédita. Pero de esas fuentes ciertamente limitadas ha sabido extraer el máximo posible; y elaborarlo en una narración bien estructurada. Por lo que respecta al período al que se ha extendido hasta ahora, la documentación publicada es en verdad tan abundante y fidedigna que es dudoso que los archivos, cuando sean abiertos, obliguen al historiador a revisar fundamentalmente el cuadro que ahora puede formar sobre la base de los materiales ya publicados. Así lo confirma, dicho sea incidentalmente, mi propia experiencia con los Archivos Trotski, que estudié en Harvard. Contienen éstos un gran número de documentos importantes, y su conocimiento me obliga a estar en desacuerdo con Carr en ciertos puntos específicos. Pero, en conjunto, esos desacuerdos, en cuanto se refieren a los hechos, no son fundamentales.¹ Puede suponerse, pues, que el estudio de Carr sobre la Rusia soviética hasta 1924 es tan definitivo como puede serlo una obra histórica.

Carr es primordialmente un historiador de instituciones y políticas, cuyos orígenes y desarrollo sigue con notable detalle. Nos presenta el estado soviético *in statu nascendi*, y lo hace de un modo magistral. Pero se preocupa primordialmente por el estado, no por la nación y la sociedad que hay detrás de aquél. Además, su interés se concentra en la cima de la maquinaria estatal, de modo que podría decirse que su *Historia* es primordialmente una historia de su grupo dirigente. Eso es en parte inevitable: el historiador reconstruye los procesos históricos sobre la base de los testimonios documentales, que dimanan principalmente de los gobernantes, aunque en los años del levantamiento revolucionario la sociedad soviética no era ni mucho menos tan amorfa e inarticulada que formase meramente un mudo telón de fondo. Pero esa característica de la obra de Carr se debe también en parte a su método básico. Siempre que se refiere a acontecimientos en el fondo social, sus referencias son complementarias de sus análisis de lo que está ocurriendo en el grupo gobernante. Carr tiende a ver la sociedad como el objeto de la política hecha y decretada desde arriba. Se inclina a ver el estado como hacedor de la sociedad, más bien que a la sociedad como hacedora del estado.

Tal método crea *a priori* ciertas dificultades al historiador de una revolución, porque una revolución es la quiebra de un estado, y pone de manifiesto que, en última instancia, es la sociedad la que hace al estado, y no viceversa. Carr se acerca a la conmoción revolucionaria con la mentalidad del erudito académico, interesado sobre todo en preceptos constitucionales, fórmulas políticas y mecánicas de gobierno, y mucho menos en movimientos de masas y en conmociones revolucionarias. Está apasionado por el arte de gobernar, no por las ideas "subversivas". Estudia con diligencia esas ideas, pero solamente en la medida en que proporcionan una clave para el arte político de los ex-revolucionarios triunfantes. Si hubiese querido resumir su obra en algún lema epigramático, podría haberla encabezado al modo churchilliano con el texto siguiente: "Cómo se derrumbó la sociedad rusa por la locura y la ineptitud de sus viejas clases gobernantes, y por los sueños utópicos de los revolucionarios bolcheviques, y cómo esos revolucionarios finalmente salvaron a Rusia abandonando sus ilusiones quijotescas y aprendiendo diligente y penosamente el ABC del arte de la política".

El mismo método se refleja en la composición de la obra de Carr. La parte principal de su volumen de introducción trata de la gestación de la revolución bolchevique, que, a mi parecer, ha sido el aspecto más sombrío y el menos importante de la historia. Otra porción importante del mismo volumen está dedicada a "política, doctrina, maquinaria"; y todavía otra, la mejor con mucho, describe la "dispersión" del imperio de los zares y su "reunificación" bajo la bandera soviética. Lo que falta casi por completo es el trasfondo social de 1917. Para el erudito académico, absorto en el estudio de las constituciones, ésa es sin duda la línea metódica más

¹ Para los años posteriores a 1924 la importancia de los archivos Trotski es incomparablemente mayor.

natural, pero no es la más adecuada para el estudio de una sociedad en la angustia de una revolución. A medida que avanza en su obra, Carr va superando progresivamente las limitaciones de tal método, en un grado realmente notable. Mediante un casi heroico esfuerzo de autocrítica de su mente analítica, se acerca a la comprensión del extraño fenómeno de la revolución rusa mucho más de lo que permitía esperar su propio punto de partida. Pero, aun así, dicho punto de partida se refleja en su modo de tratar el tema, y subyace a gran parte de su razonamiento.

El profesor Carr ha sido censurado por algunos críticos académicos por su actitud hacia el leninismo y su supuesto culto a Lenin. Uno de los críticos ha observado que Lenin ocupa en la obra de Carr la posición que ocupa Julio César en la historia de Mommsen. Esa crítica me parece falta de fundamento. Carr es demasiado escéptico, demasiado agudo y demasiado consciente de las inconsecuencias de Lenin para que pueda tomársele por un adorador de éste. Lo que es verdad es que, tal como él la presenta, la figura de Lenin domina y deja en la sombra la revolución, el partido bolchevique y el estado soviético. Es así en parte por la inadecuada descripción del fondo social, y en parte porque Carr no es suficientemente consciente de los procesos formativos que moldearon el pensamiento político de Lenin y de la medida en que, incluso en los años de madurez de su jefatura y autoridad, la mentalidad de Lenin estuvo moldeada por su medio e influida por las ideas de sus seguidores. En ese aspecto la historia de Carr adolece de una cierta falta de penetración política y psicológica.

Pero lo que es más importante es que la apoteosis de Lenin en la obra de Carr se refiere al estadista y al autodidacta maestro de política, y no al Lenin pensador y revolucionario marxista. Es el Lenin que *edifica* un estado el que despierta su admiración, no el que *deshace* un estado, y, ciertamente, no el que obstinadamente *sueña* en la eventual disolución del estado construido por él mismo. Carr contempla la historia del Lenin revolucionario como el inevitable prelude para trazar la del Lenin estadista, y no tiene mucho más que una cortés sonrisa de ironía condescendiente para el Lenin que, en la cúspide del poder, conserva la mirada fija en la visión remota de una sociedad sin clases y sin estado. Y el caso es que esos aspectos diferentes y aparentemente en conflicto de la personalidad de Lenin estaban tan íntimamente integrados que ninguno de ellos puede ser aislado ni entendido sin el otro. El lector de la *Historia* de Carr tendría que considerar un enigma cómo llegó Lenin a alcanzar la talla de estadista que Carr le atribuye. ¿Encontró quizá su fuerza, incluso como fundador de un estado, en los recursos de su pensamiento y de su sueño revolucionario?

Por implicación, y a veces de manera explícita, Carr da una respuesta negativa a esa pregunta. A él le impresionaban aquellas características que Lenin podía tener en común, digamos, con Bismarck, más que las que le hacían afín a Marx, a los revolucionarios franceses de la *Commune* o a Rosa Luxemburg.

Al leer las páginas de Carr no puedo por menos de pensar en una confesión que hizo una vez un eminente publicista polaco liberal, Konstanti Srokowski, que conoció a Lenin durante la estancia de éste en Cracovia, antes de la primera guerra mundial. Después de pasar mucho tiempo con Lenin, de hablar de política y de asuntos sociales, y de jugar al ajedrez con él, Srokowski confesaba que en 1912-14 consideraba a Lenin un hombre bien intencionado, pero completamente falto de sentido práctico, sin posibilidad alguna de conseguir un impacto en la política práctica. "Fuese cual fuese el tema que abordáramos — cuenta Srokowski — Lenin empezaba por exponer alguno de los dogmas de la filosofía marxista. Nunca cesaba de citar a Marx, como si se hiciese la ilusión de que en los escritos de Marx hubiera encontrado una llave maestra para todos los problemas que preocupan a la humanidad. Yo no podía sino encogerme de hombros. Era interesante hablar con Lenin, porque tenía inteligencia y educación; pero me parecía un

visionario quijotesco. Yo estaba seguro de que cualquiera de nuestros dirigentes sindicales y políticos socialistas menores era superior a Lenin como *hombre de acción*. Cuando más tarde supe que el mismo Lenin era el líder de una revolución y el jefe de un gran estado, quedé pasmado. Perdí la confianza en mi propio juicio. ¿Cómo podía haber cometido un error tan notable en mi apreciación de aquel hombre? Tenía que haber algo equivocado en mi visión del mismo y de la política en general.” El viejo publicista polaco tenía, sin duda, un exagerado respeto por la política práctica, y una consideración excesivamente pequeña hacia el ”romanticismo revolucionario”. A veces me pregunto si habría sido otra la opinión de Carr de haber conocido a Lenin, digamos, en 1912. Esencialmente, no es muy distinta ni siquiera en su *Historia*, donde parece que es sólo el Lenin victorioso constructor de la Rusia soviética el que redime, a los ojos de Carr, al Lenin soñador revolucionario.

No es difícil descubrir que Carr se ha formado su opinión sobre la revolución bolchevique, al menos en parte, en oposición a la perspectiva de la diplomacia occidental en los años de la intervención antibolchevique. La generación de diplomáticos occidentales que fueron testigos del alza del bolchevismo y la resistieron con toda su fuerza, era notoriamente incapaz de comprender el fenómeno contra el que luchaba. Carr puede ser definido como un intelectual expatriado de aquella diplomacia, un rebelde que criticaba su tradición desde dentro, por así decirlo. No conocemos ningún otro hombre procedente del mismo medio de Carr que haya sido capaz ni siquiera de una pequeña parte del enorme esfuerzo mental que éste ha hecho para captar la lógica interna del leninismo. Aun así, las limitaciones peculiares de una mentalidad diplomática se hacen sentir a veces entre las líneas de su *Historia*.

Cuando está contemplando el terremoto de la revolución rusa, Carr otea el paisaje para descubrir qué ha sucedido a un mojón tan familiar como el ministerio de Asuntos Exteriores ruso. Carr está perplejo, aturdido y preocupado por su desaparición. No puede creer que el colapso de la diplomacia, causado por la revolución, pueda servir a ninguna finalidad útil, ni que pueda durar. Y le alivia descubrir que, cuando el polvo se posa, la diplomacia y sus mojones parecen reaparecer donde se esperaba que estuvieran. Los raros momentos en que desahoga su irritación contra los jefes bolcheviques son aquellos en que refiere la inicial hostilidad de los mismos hacia la diplomacia convencional, y su ”ilusión de que la política exterior y la diplomacia no eran más que una mala herencia del capitalismo”. Los utopistas del bolchevismo podrían replicar perfectamente que se veían obligados a restaurar la diplomacia porque la ”mala herencia del capitalismo” era mucho más pesada de lo que ellos habían temido. Si se considera la perspectiva de una sociedad socialista internacional como enteramente irreal, y si se ve el futuro de la humanidad como una perpetua rivalidad entre estados nacionales, entonces hay, desde luego, que considerar que la diplomacia, sus instituciones y sus procedimientos son inseparables de la historia de la humanidad. Los leninistas creían que las diplomacias nacionales de nuestra era aparecerían un día tan anacrónicas como hoy nos parecen las diplomacias de los principados particularistas, feudales y post-feudales; y que el proceso histórico unificador que había fundido aquellas entidades particularistas en los estados nacionales fundiría eventualmente esos estados nacionales en una comunidad internacional en la que la diplomacia no encontraría empleo. Carr no quiere saber nada de tales tonterías, las descarta gustosamente, y aplaude con generosidad a los bolcheviques cuando, como hijos pródigos arrepentidos, abandonan su ”altanero desprecio por las concepciones y procedimientos ordinarios de la política exterior” y abren de nuevo una cancillería normal. Habla repetidamente de eso como de la ”normalización” de la política soviética, aunque lo que puede parecer normal para un criterio, puede ser, para otro criterio, grandemente anormal.

Es, por ejemplo, muy reveladora la descripción que hace Carr de la escena de la salida de Trotski

del ministerio soviético de Asuntos Exteriores al concluirse el tratado de Brest-Litovsk. "El ardiente agitador revolucionario fue sucedido por un vástago de la vieja diplomacia cuya temprana [?] conversión al bolchevismo no había borrado un cierto arraigado respeto por las formas tradicionales ... Después del torbellino de la carrera de Trotski en Narkomindel, Chicherin se sentó para una tarea paciente y menos espectacular de organización." Ese contraste entre Trotski, el ardiente agitador, y Chicherin, en el que habían sobrevivido, a pesar de su bolchevismo, las virtudes del diplomático convencional, es algo dudoso. Chicherin era un bohemio tan poco convencional como uno pueda imaginar, y era cualquier cosa antes que un paciente organizador. Trotski, por su parte, era, en su conducta personal y en sus hábitos, mucho menos excéntrico que Chicherin; pasaba con facilidad de la ardiente agitación revolucionaria a la negociación diplomática más correcta; y era sin duda un paciente organizador. Ni tampoco estaría bien fundada la sugerencia de que la influencia de Chicherin llegaría a desalojar la de Trotski en la conducción de la diplomacia soviética. Carr sabe que Chicherin era un mero ejecutor de las decisiones del Politburó, en el que, en todo lo relativo a la diplomacia, la influencia de Trotski solamente era menor que la de Lenin, si no era igual a la de este mismo. Ahora sabemos por pruebas documentales de los archivos Trotski que fue éste quien en 1920 luchó, mucho más insistentemente que Lenin, por el acuerdo británico-soviético, la paz con Polonia y una normalización de las relaciones de Rusia con los pequeños estados bálticos.² Y el propio Carr refiere algunos de los preliminares del tratado de Rapallo, en los que queda claro que también fue Trotski uno de los inspiradores de éste, probablemente su principal iniciador. Pero aquella escena de la partida de Trotski y la llegada de Chicherin, descrita con tan inconfundible satisfacción, es un ejemplo de esa concepción según la cual el régimen soviético consiguió su *raison d'être* cuando descubrió su *raison d'état*.

No intento negar que en las actitudes bolcheviques había un elemento de sueño irreal, ni la subsiguiente reafirmación de los conceptos y procedimientos del gobierno y la diplomacia tradicionales. Pero el modo de ver tales cosas es cuestión de proporciones y de valoración; y mi crítica se aplica a la acentuación por parte de Carr del retorno de los bolcheviques a los conceptos y procedimientos tradicionales, y a su inadecuada captación del *ethos* revolucionario de la época.

Carr es muy respetuoso con la política, y, a veces, desprecia las ideas y los principios revolucionarios. Ello se pone de manifiesto, insistimos, incluso en la composición de su obra monumental. Carr relega las ideas y principios del bolchevismo a apéndices y notas, tratándolos implícitamente como puntos de interés meramente marginal, mientras que su narración se ocupa primordialmente de la política. En el volumen primero trata la teoría del estado de Lenin en una nota, mientras que un tercio del volumen está consagrado a la gestación de la constitución, aunque las constituciones soviéticas tuvieron poca significación práctica. Otra nota se ocupa de la "doctrina de la autodeterminación". En los volúmenes segundo y tercero los apéndices tratan de la actitud marxista hacia el campesinado, y la concepción marxista de la guerra. Sin embargo, esas actitudes y concepciones fueron elementos activos y cruciales en los procesos descritos en el cuerpo principal de la *Historia*, puesto que animaron a sus personajes. Carr conoce, sin duda, la aserción marxista de que una idea, cuando se apodera de mentes humanas, se convierte en una fuerza. El realismo histórico no puede, pues, consistir en rebajar el poder de las ideas, porque eso sólo puede estrechar y empobrecer la perspectiva del historiador.

La validez de esa crítica encuentra ilustración en el tratamiento que el profesor Carr hace de la controversia bolchevique sobre la paz de Brest-Litovsk. Su exposición de la misma es

² Véase I. Deutscher, *The Prophet Armed*, pp. 461-71. Trad. española: *Trotsky – El profeta armado [1879-1921]*, 1966

decepcionante. Otros escritores, que carecen del saber y de la capacidad de Carr, han presentado ese trascendental episodio con mucho mayor penetración y sentido dramático. No se trata principal ni primariamente de una cuestión de estilo literario. La controversia de Brest-Litovsk puede verse como un choque entre las conveniencias políticas y el idealismo revolucionario, en el que las conveniencias políticas llevan la mejor parte. Es ése un modo de ver simplificado, pero esencialmente correcto; y es el adoptado por Carr. Pero éste capta con mucho mayor agudeza los argumentos de la conveniencia política que los motivos del idealismo revolucionario; y no es del todo sensible a toda la fuerza del conflicto. Además, sus predilecciones le extravían como historiador: describe con gran exactitud y detalle los argumentos de Lenin en favor de la paz, pero omite hasta un parco resumen de las opiniones sustentadas por los opuestos a la paz, que, como él sabe bien, tuvieron al principio tras ellos a la mayoría del partido, y dispusieron repetidamente de más votos que Lenin. Si Carr hubiera prestado un poco de paciente atención a las opiniones de Bujarin, Radek, Yoffe y Dzerzhinski habría podido descubrir en las mismas algo más que mera rimbombancia entusiasta y fraseología revolucionaria, de las que hay que confesar que no estaban faltas; podría haber encontrado también un considerable realismo y buena visión. Aun cuando no hubiera sido así, el que omitiera dar una idea adecuada de los argumentos de los comunistas de izquierda produce una curiosa laguna en su obra.

En varias ocasiones Carr se refiere sarcásticamente al "gesto wilsoniano" de los bolcheviques al transferir su apelación "de los gobiernos inicuos a los pueblos ilustrados". Pero esa apelación ¿era tan quijotesca como sugiere Carr? ¿Era tan poco práctica, incluso desde el punto de vista del analista de la política de poder? Al fin y al cabo, la revolución victoriosa no era otra cosa que una gran apelación que no se hacía a "un gobierno inicuo" sino a "un pueblo ilustrado". Su menosprecio de esa apelación hace que Carr pierda de vista el clima de la revolución, su atmósfera emocional, sus entusiasmos de masa, sus tensiones morales, los altos vuelos de sus esperanzas y las profundas depresiones de sus desilusiones, todo lo cual derivaba de la ardiente creencia, tanto de los revolucionarios como del pueblo, en la realidad de aquella "apelación". A veces los personajes de la *Historia* de Carr parecen moverse por un espacio sin aire y en un vacío emocional, como si no fuesen otra cosa que fórmulas y concepciones políticas desencarnadas. En parte eso se debe a la preocupación del autor por la historiografía científica, que le parece implicar la exclusión del colorido emocional y espiritual de los acontecimientos. Como historiador, Carr observa y examina soberbiamente el período de que se ocupa, pero no lo revive. Quizá no considera importante y necesario, quizá no cree ni siquiera admisible que un historiador haga tal cosa. Su método tiene, a no dudarlo, su justificación y su validez: hay al menos varios modos legítimos de escribir historia, aunque las mejores historias son aquellas que son obras de arte y de penetración imaginativa además de obras de ciencia. Pero incluso con el método y estilo de Carr, su visión habría ganado en profundidad si no la hubiese tenido tan en jaque su intolerancia por las utopías, los sueños y la agitación revolucionaria.

Carr está fascinado por la sutileza y flexibilidad con que Lenin ajustaba su política a los acontecimientos y las circunstancias. A veces, sin embargo, magnifica el elemento de oportunismo que había en Lenin, más allá de sus verdaderas proporciones, y con exclusión de otros elementos. El Lenin marxista aparece bastante oscurecido en las páginas de Carr, que no es suficientemente consciente de la fuerza de la tradición marxista en Lenin. Cuando hace referencia a dicha tradición parece desprovisto de su profundidad, y comete curiosos errores de hecho. (Así, pretende que Lenin basó en parte *El imperialismo* en *La acumulación de capital* de Rosa Luxemburg, lo cual es patentemente incorrecto. *El imperialismo* de Lenin estaba enteramente basado en *Das Finanzkapital* de Hilferding; y el pensamiento económico de Lenin, desde sus primeros escritos hasta su evaluación final de las ideas de Rosa Luxemburg después de la muerte

de ésta, era fuertemente opuesto a las teorías de la Luxemburg.) Lo que Carr califica de elemento "wilsoniano" del leninismo era en realidad parte de la tradición internacionalista del marxismo; y Carr, desorientado por la similitud exterior de algunos eslóganes wilsonianos y bolcheviques, tiende a pasar por alto las realidades que había detrás de los eslóganes y las distintas e incompatibles direcciones de pensamiento de que habían brotado los lemas políticos. Implícitamente, Carr considera el prístino internacionalismo bolchevique como una convicción puramente ideológica, sin relación con la tendencia económica de la época, si no es que lo considera simplemente como una debilidad sentimental. Los marxistas habían sostenido siempre que las necesidades del desarrollo capitalista habían sido el principal motivo impulsor de la formación de los estados nacionales; y que una de las "contradicciones" centrales del capitalismo consiste en el hecho de que las fuerzas productivas de la sociedad moderna superan en crecimiento a sus estructuras nacionales. Según ese modo de ver, el conflicto entre las fuerzas productivas y el estado nacional se manifiesta de formas diversas: negativamente, en la búsqueda imperialista de *Grossraumwirtschaft*; y, positivamente, en la perspectiva internacionalista de la revolución proletaria, que no puede adaptarse a la estructura de ningún estado nacional.

El stalinismo olvidó y luego suprimió ese aspecto del internacionalismo marxista, y se propuso elevar el aislamiento fáctico de la revolución rusa a la categoría de virtud y principio teórico. Pese a todo su esfuerzo consciente por resistirse a la influencia del modo de pensar stalinista, Carr ve a veces inadvertidamente el marxismo a través del prisma stalinista, porque su interés por el marxismo es sólo secundario en su estudio del estado soviético. Pero el stalinismo llevaba en sí su propia auto-refutación, porque en su última fase expansiva dio testimonio, desganado pero concluyente, del conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas en la Unión Soviética y las fronteras nacionales de ésta. No obstante, persisten los hábitos de pensamiento asociados con la idea del socialismo en un solo país, hábitos formados y consolidados en el transcurso de un cuarto de siglo; y tales hábitos llegan a afectar el pensamiento de un estudioso tan crítico e imparcial como Carr. En la época de esplendor del stalinismo pudo parecer que el internacionalismo bolchevique no tuviera tras de sí más sustancia económica e histórica que la que tenía el abstracto cosmopolitismo de la revolución francesa (con el que Carr en efecto lo relaciona). Pero hoy no sería posible adoptar tal punto de vista: está más que claro que la revolución rusa, a diferencia de la francesa, ha iniciado, para bien o para mal, no solamente un nuevo tipo de estado nacional, sino también una nueva expansiva sociedad y economía internacional.

El punto de observación desde el que la historia se escribe tiene su importancia. Habría sido natural que un historiador de la extracción de Carr considerase como wilsoniano o utópico el internacionalismo bolchevique en, digamos, 1932, aunque incluso entonces eso no habría sido una prueba de gran realismo histórico. Pero considerarlo así veinte años más tarde es un decidido anacronismo. A la luz retrospectiva de la revolución china y de la expansión del stalinismo en la europa oriental y central, las primitivas esperanzas bolcheviques en la difusión de la revolución parecen haber sido trágicamente prematuras, pero en modo alguno utópicas.

Tal vez la debilidad principal de la concepción de Carr esté en que ve la revolución rusa como virtualmente un fenómeno nacional, y nada más. No es que niegue su significación internacional o su impacto en Occidente; pero la trata como un proceso histórico de carácter esencialmente nacional, y autosuficiente dentro de la estructura nacional. Carr piensa en términos de arte de gobernar, y el arte de gobernar es nacional. Su Lenin es un super-Bismarck ruso, que realiza la obra titánica de reconstruir el estado ruso desde sus ruinas y reunificar sus disueltas partes componentes. Ese modo de ver es correcto e incorrecto al mismo tiempo; pierde de vista la más amplia perspectiva en la que se sitúa la obra misma de Lenin.

Un Lenin privado de su incorruptible internacionalismo revolucionario, y presentado como maestro en el arte de gobierno nacional, puede aparecer plausiblemente como un legítimo precursor ideológico de Stalin, y nada más. Carr ha hecho mucho en su *Historia* por reconstruir el auténtico retrato del leninismo y liberarlo de añadidos stalinianos. Ha obtenido un éxito admirable en su presentación de los hechos, que es, en conjunto, irreprochable; pero sólo a medias en algunos de los más finos matices de acento y de interpretación. Como sin proponérselo, pone de relieve aquellos rasgos por los que es posible ver a Lenin parecido a Stalin, y oscurece los otros, en los que la semejanza y el contraste son más patentes. También aquí me gustaría matizar mi propia crítica, y añadir que la comprensión de Carr se hace más profunda con el progreso de su investigación; y, también en ese aspecto, su último volumen, *El interregno*, representa un notable avance. Al llegar al umbral de la era staliniana Carr advierte la discontinuidad entre el leninismo y el stalinismo mucho mejor que mientras se limitaba a analizar el leninismo.

Quizá sea éste el problema más difícil y complejo con que se enfrenta el estudioso interesado por la Unión Soviética. La mente del historiador en lucha con ese tema tiene necesariamente que oscilar con los años. Y, como colega de trabajo en el mismo campo, yo no pretendo haber nivelado la balanza entre los factores que constituyen la continuidad y los que constituyen la discontinuidad entre el leninismo y el stalinismo. A diferencia de los stalinistas, los trotskistas y la gran mayoría de escritores anticomunistas, para quienes ese problema ni siquiera existe, Carr lucha con él a brazo partido. Para los stalinistas, Stalin es el heredero legítimo de la sucesión apostólica Marx-Engels-Lenin. Para los trotskistas, Stalin es el traidor, sepulturero y renegado del leninismo. La gran mayoría de los "soviétólogos" anticomunistas ven también en el stalinismo una directa continuación del leninismo, mientras que una minoría acepta la versión trotskista porque es polémicamente muy conveniente denunciar el stalinismo como una traición diabólica al "verdadero" comunismo, a la vez que como una amenaza a los valores occidentales. Cada una de esas escuelas comercia con medias verdades, y se niega a hacer frente al hecho de que en algunos aspectos el stalinismo es el desarrollo "legítimo" del leninismo, mientras que en otros aspectos es la negación de éste. La obra de Carr está libre de aquellas simplificaciones y medias verdades; pero, aún así, parece "stalinizar" demasiado a Lenin, al poner excesivamente de relieve lo que de pre-Stalin había en éste.

Esa inclinación induce a Carr a retrotraer ciertas tendencias de la política exterior soviética, y a proyectar el tradicionalismo ruso de la diplomacia de Stalin a la conducción leniniana de los asuntos extranjeros. Esa retrotracción puede advertirse en diversos ejemplos, a los que no puedo atender aquí; pero es de lo más llamativa cuando Carr pasa revista al tratado de Rapallo y sus preliminares: ahí el autor inyecta inadvertidamente el aire de 1939 en la situación de 1921-22, y tiende a presentar a Lenin como el precursor directo del Stalin que iba a repartirse con Hitler los despojos de Polonia. Carr ve una "alianza final entre la Rusia bolchevique y la Alemania de derechas", como una inevitabilidad histórica que se manifiesta en ambas situaciones. "Suponiendo que el régimen bolchevique sobreviviese, tal alianza daría al ejército alemán lo que éste necesitaría alguna vez: manos libres contra el Occidente; y daría también a la industria pesada alemana su mercado indispensable." (Vol. III, p. 310.) El argumento sobre el mercado es ambiguo, por decirlo del modo más suave: dos veces en un cuarto de siglo la industria pesada alemana apoyó no una alianza, sino una invasión de Rusia, para obtener el control de aquel "mercado", o, para decirlo con más exactitud, de las fuentes rusas y ucranianas de materias primas. Sobreponiendo el patrón de 1939 en 1921-22, Carr sugiere que el tratado de Rapallo iba dirigido contra Polonia, y que bajo el mismo latía el perenne deseo ruso-alemán de la desmembración de aquel país. Es, sin duda, verdad que la idea de la desmembración de Polonia

con ayuda rusa tentaba a la derecha alemana ya en 1920-21; pero no es cierto que consiguiese respuesta alguna en la diplomacia soviética o en la jefatura bolchevique de la época de Lenin.

En realidad, nada pondría mejor de manifiesto la solución de continuidad entre las dos fases de la diplomacia soviética que una cuidadosa comparación entre Rapallo y el pacto nazi-soviético. En ambos pactos Rusia procuró fortalecer su posición "explotando la contradicción" entre Alemania y el Occidente, mientras el Occidente excluía a Rusia del trato con las naciones o se esforzaba en excluir su influencia en la diplomacia europea. Pero en 1922 Rusia estrechó la mano de una Alemania vencida y puesta fuera de la ley, no la del loco incendiario imperialista de 1939. En Rapallo los bolcheviques hicieron un trato sobrio, sin comprometer sus principios, su integridad y su dignidad: en toda su conducta no hubo ni vestigios del estado mental en que, diecisiete años más tarde, Molotov pudo enviar a Hitler el tristemente famoso telegrama que aseguraba al *Führer* una "amistad cimentada en sangre". Y el pacto de Rapallo no se concluyó a expensas de vecinos más débiles: ni siquiera en sus cláusulas secretas contenía un simple arreglo hecho, por ejemplo, a expensas de Polonia. Vistos por fuera, Rapallo y el pacto nazi-soviético pueden parecer dos fases consecutivas de una misma política; pero les separa la imponderable diferencia entre la moralidad política del leninismo y la del stalinismo, una diferencia que Carr tiende a pasar por alto.³

A pesar de esos defectos y limitaciones la obra de Carr seguirá siendo un hito grande y perdurable en la literatura histórica consagrada a la revolución bolchevique. Sus méritos son tan patentes que no necesitan ser subrayados en una publicación para especialistas. Incluso las críticas hechas aquí dan testimonio de su alta categoría, porque no tendrían aplicación a una obra menos distinguida de lo que esta *Historia* lo es por su consistencia de método y unidad de perspectiva. En el futuro, las diversas escuelas de historiadores estudiarán la revolución rusa con el mismo interés y pasión con que se ha investigado la información de la revolución francesa durante los últimos ciento treinta años; y cada generación y cada escuela de historiadores descubrirá nuevas fuentes y proyectará nuevos rayos de luz sobre la gran epopeya. Pero todos los historiadores futuros tendrán que volver a Carr como a su primer gran guía, lo mismo que los historiadores franceses se vuelven todavía a la obra de Thiers, con la que la *Historia* de Carr tiene sólo algunos rasgos en común. Quizás esa comparación dé la medida de los méritos de Carr.

³ Considero un deber utilizar esta oportunidad para explicar un curioso incidente en los preliminares del pacto de Rapallo. En su librito *German-Soviet Relations*, publicado en 1951, Carr citaba unas instrucciones de Lenin a sus diplomáticos para que "jugasen la carta polaca" en la negociación con Alemania. Carr hacía referencia a los archivos Trotski y me citaba como fuente de la información. Me siento pues, corresponsable de su error y obligado a rectificarlo, en especial porque la versión de aquel libro ha sido muy citada por otros autores.

Entre varios documentos que tratan de los preliminares del tratado de Rapallo, los archivos Trotski contienen un memorándum "estrictamente secreto" dirigido a Moscú el 10 de diciembre de 1921 por un críptico "negociador" alemán. El autor del mismo, al parecer una personalidad oficial alemana que favorecía el acuerdo con Rusia, examinaba los factores que operaban en Alemania en contra de tal acuerdo, y procedía a aconsejar a los bolcheviques el modo de contrarrestarlos para preparar el terreno a la negociación. Entre otras cosas sugería que los bolcheviques "jugasen la carta polaca", especialmente en relación con el conflicto que inflamaba la Silesia superior. Fue aquel "amigo" alemán el que empleó la frase "jugar la carta polaca", y no Lenin. En todos los documentos muy confidenciales e iluminadores de los archivos Trotski que se refieren a ese episodio no hay la menor indicación de que el gobierno de Lenin prestase oídos a aquel consejo. En aquellos años el Politburó no se había librado aún suficientemente de "ilusiones idealistas". Era todavía el Politburó de Lenin, no el de Stalin; y sus miembros no podían sino encogerse despreciativamente de hombros ante el consejo de jugar la carta polaca. Carr no considera como prueba histórica de lo contrario la chismosa exposición de tercera mano de Enver Pachá, un intruso aventurero que trató en vano de erigirse en una especie de mediador entre Moscú y Berlín, y al que los dirigentes bolcheviques no hicieron ninguna clase de confidencias, como puede comprobarse incluso en el "informe" del propio Enver. El mismo Carr corrige en su *Historia* la versión presentada en *Soviet-German Relations*; pero, de un modo u otro, aquella versión parece todavía pesar en su razonamiento.